

COMO DEBEN SER LAS REUNIONES DE IGLESIA

1 Corintios 14

El apóstol Pablo en su carta a los Corintios se ocupó de enseñarnos cómo deben desarrollarse las reuniones de Iglesia, y aunque no se dedica a hacer declaraciones minuciosas al respecto, lo que nos declara en el capítulo 14 son mandamientos del Señor. Partiendo de eso, me gustaría resaltar algunos aspectos que me parecen relevantes y de los cuales nos es necesario aprender.

1. LAS REUNIONES NO DEBEN SER FORMALISTAS

Cuando hablo de “no formalistas”, me refiero a que no debemos amarrarnos para siempre a formatos determinados. No debemos tener temor de realizar las reuniones de una manera específica, toda vez y cuando el Espíritu el Señor nos guíe a hacerlas de dicha manera. En realidad los formatos aparecen cuando restringimos al Espíritu Santo, y no necesariamente por emplear algún método. Yo les exhorto a no tener temor en la manera en la que han de desarrollar sus reuniones, tengan libertad para hacer lo que el Señor quiera; si se percibe que Dios quiere que le canten, pues, echen mando de los hermanos con habilidades musicales, permitan que ellos se tomen el tiempo para cantar, ministrar y que los conduzcan en ese río. Olvídense de la religión, alabar a nuestro Dios es bueno y podemos hacerlo, siempre y cuando no caigamos no lo convirtamos en un formato inquebrantable.

Soltar los formatos es dar lugar a que Dios haga como Él quiera. Yo no estoy en contra de una manera específica de hacer las reuniones, sino de amarrarnos a esa “manera” como algo insustituible. Desarrollar las reuniones de una manera específica, manifiesta la luz y la guía que tenemos de parte del Señor. Es un gran problema cuando queremos soltar los formatos y no sabemos qué hacer, eso sólo evidencia la poca guía que tenemos de parte de Dios. Tenemos que romper con la forma tradicional de hacer las reuniones, pues, por años fuimos enseñados a tener un formato determinado para cada ocasión. Hay denominaciones que tienen una manera particular de llevar a cabo sus reuniones, es decir, tienen un protocolo específico para cultos, para bodas, para velorios, para reuniones de alabanza, etc. han restringido al Espíritu Santo a sus moldes ya preestablecidos, los cuales, aunque no son del todo malos, lo malo está en depender de esos formatos. Si vamos a romper un formato, debemos tener criterio, luz y guía en Cristo Jesús a través de Su Espíritu de saber qué es lo que Él quiere y no tener temor. Podríamos pasar años desarrollando nuestras reuniones de la misma manera, pues, no se trata de inventar constantemente cómo hacer las reuniones, sino de ser guiados por el Espíritu Santo. Lo que debemos buscar es que las reuniones se desarrollen en un ambiente orgánico, donde exista el fluir de la Vida.

Buscar una armonía entre Dios y nosotros; dejemos que sea Él quien guíe las reuniones, y nosotros ejecutémoslas según el deseo de Su corazón. No nos equivoquemos pensando que todas las cosas concernientes a la reunión son asunto de Dios, ni que todo es asunto nuestro. Normalmente el conflicto es la polarización de pensamientos que tenemos; no se trata de que Dios haga todo, ni que nosotros lo excluyamos por causa de nuestros deseos. Debemos ser sobrios y equilibrados en estos asuntos, por un lado debemos dejarnos guiar por el Señor, y por otro lado, debemos ser responsables para ejecutar las cosas conforme a Su corazón. Tengamos en cuenta que una reunión exitosa será aquella que se desarrolle en armonía a los deseos de Dios.

2. TODO SE DEBE HACER SEGÚN LA VIDA Y EL FLUIR DEL ESPIRITU

El motor de las reuniones de Iglesia deben ser la Vida y el fluir del Espíritu, es decir, que en ese momento deben salir a flote las experiencias que hemos tenido con el Señor, y a la vez, intuir que tenemos el fluir de Su Vida para expresarlo. No todas nuestras experiencias en Cristo deben ser expuestas en la reunión. Les quiero hacer hincapié en este punto porque he notado que eso se ha vuelto un conflicto entre nosotros, pues, muchos creen que en las reuniones de edificación pueden aportar cualquier cosa que el Señor les haya dado durante la semana.

Hay hermanos que durante la semana les aconteció un milagro, y creen que es obligación decirlo en la próxima reunión, pero esto no debe ser así. Los que más problemas tienen en este punto son aquellos que tienen algún “carisma” o don de la palabra, porque aunque durante la semana Dios les hable muchas cosas, deben saber que no todas las experiencias en Cristo deben exponerlas en la reunión. Independientemente del don que cada uno tengamos, lo que debemos aportar en las reuniones es el conocimiento, la revelación, o la experiencia que empiece a vibrar en nuestro espíritu, mente, emoción y voluntad por el mismo Espíritu Santo. En mi experiencia como expositor de las verdades de Dios, he ido descubriendo que no basta con tener un mensaje o revelación de la palabra, sino más bien he aprendido a llegar a la reunión y exponer aquello que ya fue una experiencia para mí, pero que en ese momento Dios, a través de Su Espíritu, me empuja a decirlo.

Cuando recibimos algo de Dios, de manera normal lo disfrutamos en el espíritu y luego lo guardamos en la mente por medio de ciertas emociones del alma, o en otros casos, lo guardamos en la mente a manera de pensamiento si fue algo que entendimos en la palabra. Cuando llegamos a la reunión, lo que debemos hacer es esperar que el pozo de Dios se agite en nuestro espíritu, dejar que el Señor nos haga recordar algo de lo que Él nos dio durante la semana, y cuando percibamos la misma intensidad de lo que nos sucedió al momento de recibir “x” revelación, o experiencia, entonces, hay que decirlo. Si no percibimos el agitar de una experiencia o pensamiento, abstengámonos de hablar en la reunión, porque de lo contrario sólo echaremos mano de los recuerdos de la mente, y los recuerdos no edifican, sólo las palabras que Dios habla tienen Espíritu y Vida. Dice *1 Pedro 4:11* **“Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”**.

Cuando usted recibe algo de parte de Dios, este conocimiento viene directamente a su espíritu, el cual se agita con la revelación divina y es procesado y almacenado en su alma (mente, emociones y la voluntad). Todo lo que el Espíritu Santo nos dice lo almacenamos a manera de una experiencia en nuestra alma y nos queda registrado en nuestro ser como una experiencia de Vida Eterna. Sucede que al llegar a la congregación, por mucho que “x” experiencia nos haya vivificado, si nos disponemos a compartirla motivados sólo por el recuerdo, será imposible que esas palabras transmitan Vida divina porque lo estamos transmitiendo desde nuestra mente. Dios es Espíritu, y Sus palabras son Espíritu, por lo tanto, la actitud adecuada en las reuniones debe ser esperar que el Espíritu Santo vuelva a agitar nuestro espíritu para tener el disfrute de esa palabra una vez más en nuestro ser, y así poder dispensar la Vida de Dios a los demás.

Es necesario conocer la relación espíritu-alma para que no hagamos un cúmulo de emociones durante nuestras reuniones, sino que haya en éstas un río de Vida. No es pecado sentir cierta emoción a la hora de compartir aquello que el Espíritu nos inquieta, siempre y cuando este supeditada al espíritu. La mente por su lado debe estar dispuesta y ejercitada para canalizar lo de Dios con palabras inteligibles, y la voluntad debe esperar el momento adecuado para participar, y no hablar sólo por hablar.

A veces los hermanos se precipitan a hablar movidos por las emociones, y claro, como el alma es una fábrica de pensamientos y sentimientos, no reparan si sus participaciones van a ser o no adecuadas para la edificación de la Iglesia. Muchos creen que si no hablan en el momento en el que empiezan a sentir algo, se les van a desvanecer los pensamientos, y después ya no podrán decir nada, pero el apóstol Pablo dijo: **“los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas”** (*1 Corintios 14:33*). Si lo que alguien tiene es del Espíritu, tal pensamiento permanecerá latente, y poco a poco el pensamiento se irá ordenando y adecuando para el momento oportuno.

3. LAS REUNIONES DEBEN SER TODO INCLUSIVAS

Todos tienen la oportunidad, el derecho y la responsabilidad de participar, pero no es una obligación que todos lo hagan. Tener el espacio para aportar lo que tenemos de Dios en las reuniones es un privilegio y no una imposición. Anteriormente cometimos el error de llegar al punto de acosar a los hermanos para que hablaran, lo cual no debe ser así. No debemos perder de vista que somos el Cuerpo de Cristo y que cada uno de nosotros somos miembros con funciones específicas. No todos somos boca, por lo tanto, nadie se debe sentir presionado a fungir en un don que no tiene.

Este mal proceder ha llevado a que los miembros responsables de dar mensajes se hagan irresponsables, y le terminen echando la culpa a los demás. En este punto, estoy diciendo estas cosas por los profetas, pues, son ellos los miembros a quienes Dios ha dotado con el don de hablar, por lo tanto, no se excusen en que “todos deben aportar”. Sí, es cierto, todos deben aportar, pero los más dotados para hablar son los hermanos profetas. Muchos han tomado la actitud de esconder su don porque no quieren pagar el precio de estudiar la palabra, son irresponsables, no tienen comunión con Dios, caminan en la carne y son negligentes para ejercitarse en su don. Ya no estamos en el tiempo en el que estudiábamos cuando nos tocaba compartir, sino estamos en una dimensión en la que Dios necesita que estemos en una constante preparación. Hermanos profetas, se han acomodado, se han vuelto irresponsables, creyendo que salían de la religiosidad abandonaron su don de predicar, ahora solo dan pequeños pensamientos y esperan que otros hagan lo que a ustedes les corresponde.

Hermanos profetas, muchos de ustedes pueden perderse la entrada al Reino de los cielos por causa de su negligencia. Recuérdense que el Señor Jesús dijo que el buen siervo es aquel que da comida a tiempo a sus consiervos. Si ustedes no ponen el don al servicio de los demás, y lejos de eso sus bocas se vuelven sepulcros, Dios los habrá de juzgar severamente. ¡Arrepiéntanse delante de Dios por esconder el don que Él les ha dado de gracia!

Tampoco estoy justificando a los demás que no hablan, pues, muchos llegan a las reuniones y ni siquiera dicen ¡Amén! a la profecía. Lo que estoy tratando de aclarar es este punto de que las reuniones deben ser “Todo inclusivas”; no es pecado que no hablen los que no tienen el don de hablar, pero la Biblia dice que **todos** debemos buscar “profetizar”. Entiendan que una cosa es profetizar con el don de profeta, y otra muy diferente es entender que cualquier miembro del Cuerpo de Cristo puede profetizar, toda vez y cuando hable en base a la medida de fe que ha sido dada a cada uno. En las reuniones debe existir tal apertura que aun los niños deben tener la oportunidad de participar, ahora bien, incluir a todos no quiere decir que todos tienen que hablar obligatoriamente; si alguien piensa que no puede hacerlo debe sentirse tranquilo y apoyado con el que si tiene el don. Creo que lo más armonioso que debería suceder en las reuniones es que los profetas aporten diligentemente y que los demás participen para enriquecer lo que el profeta dio. A esta libertad de que cada quien aporte en base a su don es lo que me refiero al decir que las reuniones deben ser todo inclusivas.

COSAS A TENER EN CUENTA A LA HORA DE REALIZAR LAS REUNIONES

1 Corintios 14:26 “¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación”.

1. ¿Qué hay?

Lo primero que dice el verso es “**¿qué hay?**”; a esta expresión nunca le pusimos mucho cuidado, pero es muy importante. Esta frase la podemos entender como sinónimo de “**¿qué existe?**”. En el griego dice exactamente como tradujo la Biblia RV60: “*que hay pues hermanos*”. La versión de la Biblia de Las Américas yerra en su traducir, pues, ellos escriben: “*¿Qué hay que hacer, pues, hermanos...?*”, las palabras “**qué hacer**”, ellos las ponen en letras cursivas para denotar que no existen en el original, sino que las agregaron para que se entendiera “mejor” el texto. Los traductores pensaron que cuando la Biblia dice “¿qué hay?” se trata de “**hacer algo**”; pero ese “*qué hay pues hermanos*”, en realidad, deberíamos interpretarlo como “**qué existe cuando llegamos a la reunión**”. Estas palabras nos dan a entender que en cada reunión debemos discernir qué quiere el Señor, o sea, qué hay de parte del Señor al momento de la reunión. En el contexto el apóstol Pablo está haciendo ver a los hermanos que en cada reunión hay algo de parte de Dios para nosotros, así también en cada reunión hay algo que Él quiere que aportemos, y es Él quien decide lo que debe de haber. A las reuniones debemos llegar con esta expectativa, de lo contrario nuestras reuniones se volverán como la figura del tabernáculo de Moisés en Silo, con todos los ritos y muebles, pero sin el Arca del Pacto. Hermanos, percibamos qué quiere el Señor en cada reunión, en Su gran bondad Él siempre tiene algo fresco para nosotros.

2. Cada uno de vosotros tiene.

Esta frase hace hincapié a la responsabilidad y el compromiso personal que cada uno debemos tener de prepararnos con el fin de tener algo para dar. La palabra “tiene” es un término muy amplio y rico en significado, tres de sus acepciones principales en el griego son:

- a. Retener, poseer, guardar algo.
- b. Tener algo con el fin de disfrutarlo.
- c. Tener los medios o el poder para hacer algo.

A lo que el apóstol Pablo nos quiere inducir es: “¿*tienen algo que han guardado? ¿Tienen algo que han disfrutado? ¿Tienen la unción para compartirlo al momento de la reunión?*”. Entender esa necesidad de “**tener**” nos lleva a responsabilizarnos en buscar algo del Señor antes de la reunión, para que cuando ésta llegue, aun retengamos lo que hemos recibido y con la unción del Espíritu podamos dispensarlo a nuestros hermanos.

Si no “tenemos” algo que dar en las reuniones a causa de que no nos preparamos personalmente, sólo llegaremos a plagiar lo de otros. La actitud correcta con la que todos debemos llegar a las reuniones, es saber que hemos llegado con uno o más pensamientos en nuestro corazón, y si el Espíritu agita nuestros espíritus a que hablemos algo de lo que tenemos, pues, hablamos, y si no, callamos. En este punto, la responsabilidad es de todos, no sólo de los profetas. Imagínese qué penoso fuera que usted invitara a alguien a comer y a la hora de pagar la cuenta usted se de cuenta que no tiene dinero, de nada le serviría saber que usted tiene dinero en la casa o en el banco, pues, es justo ese momento cuando usted lo necesita usar. Es necesario que todos asistamos a las reuniones sabiendo que tenemos algo para dar.

Podríamos decir que las reuniones edificantes son aquellas donde se complementa el deseo de Dios con lo que nosotros llevamos para dar. La reunión de la Iglesia es un asunto orgánico, es como la relación que existe entre la cabeza y el cuerpo, una cabeza sin cuerpo es nada, y de igual forma, un cuerpo sin cabeza no es nada. Por un lado, debemos buscar armonizar con Dios y acoplarnos a Sus deseos; y por otro lado, cada uno de los miembros debemos llegar preparados, listos, y dispuestos para ser usados según el Espíritu Santo lo ordene.

3. Hágase todo para edificación.

El perfil que debe mantener la reunión es la edificación.

Si lo que tenemos para compartir no contribuye en ese momento a que los hermanos sean edificados, abstengámonos de darlo. El conocimiento y la doctrina son materiales que sirven para la edificación, son fundamentales, pero nunca deben prevalecer sobre la edificación; les pido encarecidamente que, en las reuniones, no se vuelvan ultra defensores de la verdad. No debemos contender por los fundamentos doctrinales de Dios, porque la reunión tiene como objetivo la edificación y no la implantación de la verdad; con esto no le estoy diciendo que no importa lo que se diga, pero que los comentarios no lleguen al punto de estropear la visión de nuestras reuniones que es la edificación. Podría darse el caso de llegar a ser Iglesias ineficientes en cuanto a doctrina, pero si hay edificación, es posible que con el tiempo se vaya perfeccionando el aspecto doctrinal, pues, tarde o temprano esto también será necesario, pero jamás debemos permitir que se de más prioridad a lo doctrinal que a la edificación.

Las Iglesias del primer siglo fueron edificadas por los apóstoles sobre la base del principio orgánico-corporativo.

Nunca los apóstoles edificaron la Iglesia en base a la doctrina, de haber sido así, el más ineficaz para edificar habría sido el apóstol Pablo; analice lo siguiente: Imagínese que los corintios después de años de estar bajo la tutoría de Pablo, no tenían claras muchas cuestiones acerca del matrimonio, dice *1 Corintios 7:1 “En cuanto a las cosas de que me escribisteis...”*, note que los corintios le escribieron a Pablo para preguntarle ciertas cosas doctrinales básicas, ¿Por qué no aprovecharon a preguntarle cuando él estuvo con ellos? o ¿Por qué el apóstol Pablo no compartió una doctrina tan importante como es el matrimonio cuando estuvo con ellos? Cualquiera hoy en día dijera que Pablo fue irresponsable al no enseñar estos temas a los Corintios, pero en la visión del apóstol Pablo, él sabía que habían cosas más importantes que el matrimonio y muchas otras doctrinas. ¡Ah!, y qué de las Iglesias de Galacia, que por lo que dicen las cartas, el

apóstol Pablo tampoco se tomó mucho tiempo para hablarles acerca de el fundamento de la gracia versus la Ley. Las Iglesias en Derbe, Iconio, Listra y otras ciudades aledañas no tenían claro el fundamento claro sobre la gracia y la ley, sino que hasta que surgieron grandes problemas, Pablo les escribe para explicarles estas cosas. Otro ejemplo de esto fue la Iglesia de Tesalónica, una Iglesia consagrada, muy preciosa, que recibieron el mensaje de Pablo, pero fue hasta mucho tiempo después, cuando Pablo ya no estaba con ellos, que él les escribió para decirles ciertas cosas con respecto a la venida del Señor. De nuevo la pregunta: ¿Por qué no se los dijo antes, mientras estuvo con ellos? La respuesta es obvia: “Los apóstoles no edificaron la Iglesia con un fundamento de doctrina, sino en el principio orgánico—corporativo”, lo más importante es que ellos enseñaban a las Iglesias era que tuvieran el fluir de la Vida y que buscaran la unidad.

Hoy en día las Iglesias buscan una plataforma de doctrina en la cuál ser edificadas, es por eso que han perdido el avance en la fe. A veces la actitud que tomamos con los discípulos nuevos es adoctrinarlos de manera inmediata, y por lo general, casi siempre queremos que entiendan lo más nuevo que nos ha dado el Señor. Hermanos, eso es como querer enseñarle a sacar raíz cuadrada a un niño que no sabe ni siquiera sumar. Tengan cuidado con los términos que usan con la gente, a veces sólo el hecho de escuchar la palabra “apóstol” ya es algo que les suena raro; no enreden a la gente con asuntos doctrinales, más bien edifíquenlos. Pablo edificó a las Iglesias en base al principio orgánico-corporativo y después les iba aportando la doctrina en base a la necesidad que cada una tenía.

El fundamento orgánico-corporativo lo constituyen la **Vida** y la **Integración**. Más que explicar esta verdad, llevemos a la gente a que lo conozcan por la práctica. Llenémonos de Vida y podremos transmitir Vida. Todo el qué hacer de la Iglesia debe tener como centralidad la Vida y la integración de las almas al Cuerpo de Cristo. Cuando Dios sacó a los hijos de Israel al desierto, Él mismo les dio leyes escritas por su propio dedo y el resultado de tratar de cumplirlas los mató. El mismo Adán en el huerto fue sacado del huerto por comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, un árbol que no era satánico, pues, Dios mismo lo había hecho, pero causó muerte. Saquemos a la gente de la tendencia de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, la doctrina por sí sola es parte de ese conocimiento que le causó muerte a Adán. Es imposible que empleemos estos mismos métodos y que el resultado sea una Iglesia edificada.

La manera en la que el apóstol Pablo edificó la Iglesia del principio fue hablarles de la persona de Jesús, instar a los creyentes a que vivieran en Él, que tuvieran comunión con Él, que lo conocieran, y que se integraran a Su dimensión corporativa. Fue hasta años después que él les impartió asuntos de doctrina. Para los apóstoles, una de las enseñanzas que eran de vida o muerte era que los hermanos se congregaran. Ellos entendieron que para constituir la Iglesia de Cristo lo que tenían que hacer era dispensar la Vida, y animar a los creyentes a que conformaran una Iglesia local.

Si el fundamento de nuestras reuniones es la edificación, no habrá nada que las corrompa ni las estorbe. ¡Cuanta luz nos da este hermoso verso! “*¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación.*”

¡Amén!